

» Alabaré hasta la muerte mi alma al Señor.
 » Pues mi vida cerca estaba de la sima del infierno.
 » Me cercaron de todas partes, y no había quien me ayudase. Estaba mirando por el socorro de los hombres, y no le había.
 » Me acordé de tu misericordia, Señor, y de tus obras, que son desde el siglo.
 » Porque libras á los que te esperan, Señor, y de los salvos de las manos de las naciones.
 » Ensalzaste sobre la tierra mi morada, y rogué por la muerte, que venia deslizándose.
 » Invoqué al Señor, padre de mi Señor, para que no me dejase sin socorro en el día de mi tribulacion, y en el tiempo de los soberbios.
 » Alabaré tu nombre sin cesar, y lo celebraré en mi confesion, pues fué oída mi oracion:
 » Y me libraste de perdicion, y me sacaste del tiempo de iniquidad.
 » Por tanto te glorificaré, y te daré alabanzas y bendeciré el nombre del Señor.
 » Cuando era aun jóven, antes que anduviese errante, busqué abiertamente la sabiduría en mi oracion.
 » Delante del templo instaba por ella, y hasta las postrimerías andaré buscándola. Y floreció como uva temprana.
 » Se alegró mi corazón en ella. Anduvo mi pie camino derecho; desde mi juventud iba siguiendo su rastro.
 » Incliné un poco mi oreja y la percibí.
 » Mucha sabiduría hallé en mí mismo, y mucho aproveché en ella.
 » Al que me da la sabiduría le daré gloria.
 » Me resolví, pues, á ponerla por obra; tuve celo del bien, y no me avergonzaré.
 » Luchó mi alma por ella, y poniéndola por obra me fortiqué.
 » Mis manos levanté á lo alto, y lloré su ignorancia.
 » Enderrecé mi alma á ella, y la hallé en el conocimiento.
 » Adquirí con ella corazón desde el principio: por esto no seré desamparado.
 » Mis entrañas se conmovieron buscándola: por tanto poseeré este rico bien.
 » Me dió el Señor lengua por recompensa; y con ella misma le alabaré.
 » Acercaos á mí, oh indoctos, y congregaos en la casa de la enseñanza.
 » ¿Por qué os detenéis todavía? ¿y qué decís sobre estas cosas? Vuestras almas padecen sed muy grande.
 » Abrí mi boca y dije: Compradla sin plata para vosotros.
 » Y someted vuestro cuello al yugo, y reciba vuestra alma la enseñanza; pues muy cerca está para hallarla.
 » Ved con vuestros ojos, que trabajé poco y hallé para mí mucho reposo.
 » Recibid la enseñanza como una cantidad de plata, y poseed con ella abundancia de oro.
 » Alégrese vuestra alma en la misericordia de

» él, y no os avergonzaréis cuando le alabéis.
 » Haced vuestra obra antes del tiempo, y os dará vuestro galardón á su tiempo.»

No sé yo si la docta Alejandría habrá dirigido una mirada hácia las composiciones de los poetas hebreos, que tan extraño contraste forman con las adulaciones de los Griegos, cuyos vates colocaban entre los dioses á los reyes adúlteros, las hermanas-esposas y las cabelleras cortadas.

Entre el año 311 y el 301, los Hebreos de Jerusalen permanecieron en la obediencia de Antígono, y cuando fué abatido el reino de este, se sometieron á los Tolomeos, y fueron gobernados por los sumos sacerdotes, con el título de etnarcas ó alabarcas, asistidos de un Sanedrin. Pagaban un impuesto general que servia para mantener el templo; por lo cual este llegó á poseer grandes riquezas, que al mismo tiempo que excitaban la avaricia de los reyes sirios, daban motivo á que fuese muy ambicionado el cargo de sumo sacerdote; cargo que no se conferia ya al mérito, sino que se compraba con oro, y se conservaba favoreciendo la causa mas

afortunada, fuese ó no la mas justa. Entre ellos se hicieron famosos Simon el Justo; despues el avaro y mal aconsejado Onías II, que habiendo negado á Tolomeo III el tributo anual de veinte talentos de plata, puso en inminente riesgo á la Judea, á la cual habria abandonado el rey al furor y á la codicia de los soldados, si Josefo, sobrino de Onías, no hubiese ido á calmarlo. Este le dijo tambien que estaban arrendadas por un precio muy bajo las contribuciones de la Calesiria y de la Fenicia, y logró encargarse de su recaudacion por el doble valor, con lo cual satisfizo la deuda de la nacion, conservándolas mientras aquellas provincias fueron posesion del Egipto. Cuán inmensas eran las riquezas que adquirió este arrendador, lo prueba el hecho de su hijo Hircano, el cual habiendo ido á Alejandría para felicitar á Tolomeo por el nacimiento de un hijo, regaló al rey cien mancebos y á la reina cien niñas, y gastó en aquella ocasion cuatrocientos talentos, sin contar los magníficos presentes que hizo á los cortesanos.

Tolomeo Filopator, viajando por sus provincias, quiso penetrar en el sagrario del templo de Jerusalen, á pesar de la oposicion de los Hebreos; pero un secreto terror lo detuvo. Irritado con esto, se enfureció contra los Hebreos de Alejandría, abolió sus privilegios, y mandó que á los que se negaran á apostatar se les pusiese una marca de la figura de una hoja de hiedra. Trescientos se sometieron vilmente á esta humillacion: á los restantes se les reunió en el hipódromo para ser pisoteados por los elefantes; pero las fieras se volvieron contra los espectadores, y entónces Tolomeo castigó á los apóstatas, y restituyó á los fieles su libertad de conciencia y sus privilegios.

Tales tratamientos disminuyeron la adhesion de los Hebreos á los reyes de Egipto; de suerte que cuando Antíoco el Grande hizo la guerra á este país, se le sometieron espontáneamente y

498. lo ayudaron á rechazar á las tropas egipcias, que guiadas por Escopa, habian ocupado el territorio y la fortaleza de Jerusalen. Antíoco, agradecido, confirmó á los Hebreos sus franquicias, libertó á los que estaban como esclavos en sus Estados, y ofreció varias sumas para terminar el templo.

Onías Pero los tesoros del santuario excitaban la codicia de sus sucesores, ménos generosos y mas escasos de dinero á proporcion del lujo. Habiendo el sumo sacerdote Onías III disgustado á Simon Benjamita, este dió noticia á Seléuco Filopator de las grandes riquezas existentes en el templo que aquel gobernaba. El rey de Siria envió entónces un comisionado para apoderarse de ellas; pero al querer el sacrilego penetrar en el sagrado recinto, fué rechazado por un milagroso guerrero. Despues Onías fué despojado de su dignidad por su hermano Josué, que servilmente trocizó su nombre por el de Jason y compró á fuerza de dádivas la proteccion del rey Antíoco Epifanes, el cual aspiraba á sojuzgar á los Hebreos y á introducir entre ellos las costumbres griegas.

Menelao. Josué mismo fué luego depuesto por su hermano menor Menelao, que tambien abjuró la religion, hizo asesinar á Onías y continuó la guerra contra el otro hermano, hasta que Antíoco, aprovechándose de la discordia, se apoderó de Jerusalen, degolló á cuarenta mil ciudadanos y vendió otros tantos, inmoló cerdos en el templo, de donde se llevó el altar de los perfumes, la mesa de proposicion, el candelabro y muchísimos vasos; y sospechando despues que los Judíos tratarian de recurrir á los Romanos, quiso arrasar la ciudad, la incendió, erigió una fortaleza sobre las ruinas de la de David, y dedicó el templo á Júpiter Olímpico, todo con ánimo de destruir aquella poderosa nacionalidad, borrando la memoria del culto antiguo, de los sábados, de la circuncision, é introduciendo los dioses y las costumbres de los gentiles.

Muchos en efecto apostataron, especialmente entre los Samaritanos, que aceptaron númenes y ritos extranjeros. Se erigieron ídolos; se quemó en su honor incienso; se echaron al fuego los libros de la ley; se persiguió de muerte á los que circuncidaban á los niños, y toda la Judea se llenó de imágenes de Baco, y resonó con la algazara de sus obscenas solemnidades. Pero al mismo tiempo hubo repetidos ejemplos de magnánima resistencia: muchos huyeron de la patria á los desiertos; una madre se resolvió á morir con siete hijos antes que comer carne de víctimas sacrificadas á los ídolos; y por último, el sacerdote Matatías, con sus cinco hijos Juan, Simon, Júdas Macabeo, Eleazar y Jonatas, habiendo apelado á todos los hombres de buena voluntad y celosos de la conservacion de la ley de Dios, mató á sus adversarios, abatió sus altares, y seguido de los Asideos huyó á los montes, asilo de la libertad. Allí hizo circuncidar á los niños, instituyó juicios segun los ritos patrios, principió la revolucion de la Judea, y

al morir exhortó á sus hijos á continuar firmes en la ley, diciéndoles que la persecucion era una prueba de su verdad, y que Dios protegeria su valor mas que millares de espadas.

Acudieron los Sirios á combatir la sublevacion, pero encontraron valiente y tenaz resistencia. Presentóse luego Antíoco en persona, y habiéndose apoderado de Eleazar, anciano de noventa años, de vida santa y de grande saber, no pudo conseguir de él, ni aun empleando los mayores tormentos, que probase la carne de puerco, y lo vió espirar intrépido, exhortando á los Judíos á la fe. Otros mil refugiados en el desierto, mas bien que combatir en sábado, se dejaron matar; pero despues declararon los Macabeos que se podia hacer la guerra en el día santo en defensa de la patria y de la religion.

Júdas. Este nombre de Macabeo se deriva de Júdas, hijo de Matatías, que puso en su estandarte las letras M. C. B. I., iniciales de las palabras: *¿Quién semejante á ti?* Tan esforzado en el combate cuanto circunspecto en los consejos, supo valerse de la fuerza que tienen todas las revoluciones producidas por el deseo de libertad religiosa; y sus hazañas contristaban á los reyes y alegraban á los pueblos. Restableció los usos antiguos, y antes de empezar aun las mas desiguales batallas, hacía intimar segun las órdenes del Deuteronomio (1), que los que hubiesen edificado casa, contraído esponsales y plantado viña, se retirasen. Tal fué el héroe que derrotó á los generales enviados por Antíoco, libertó á Jerusalen, y purificó de la abominacion el templo.

Dirigiéndose Antíoco sobre Babilonia, murió, y la minoría de Eupator favoreció á los Hebreos, con quienes Lisias hubo de hacer las paces, sancionando la libertad del culto. Conseguida esta, aspiraron tambien los Hebreos á la independencia nacional, á cuyo fin se dirigieron á los Romanos « sabiendo que eran poderosos en » fuerzas, que escuchaban de buena voluntad á » quien recurria á ellos, y que daban y quitaban » los cetros, sin que hubiese entre ellos quien » llevase corona ni púrpura. » Los Romanos aceptaron esta alianza, é interpusieron en favor de los Hebreos su mediacion con los reyes enemigos; pero todo fué en vano, y la guerra continuó todavía mas violenta contra Antíoco V y contra Alcimo, que habiendo obtenido por intriga el pontificado, lo ejercía en provecho de los extranjeros.

Muerto Antíoco, Demetrio que le sucedió, derrotó á Júdas, el cual despues de haber sostenido la causa de su patria y de su Dios con tantas victorias, alcanzadas, no solo sobre los Sirios, si no tambien sobre los Árabes, los Idumeos y otros pueblos vecinos, murió combatiendo valerosamente.

Quedaron desconsolados con este suceso los Hebreos, y regocijados los enemigos; pero su hermano Jonatas se encargó del mando del ejército, y á la muerte de Alcimo aspiró á la digni-

(1) Véase la pág. 177.

Júdas.
166-
161.

164.

Jonatas.
160.

dad de sumo pontífice. Habiendo estallado la guerra entre Demetrio y Alejandro Bala por la sucesión al trono de Siria, uno y otro solicitaron la alianza de Jonatas, que favoreció á Bala, y en cambio obtuvo de él donativos y el título de sumo pontífice. Jonatas, sin embargo, quiso que se le confiriese la nación, y en efecto, llegó á ser el jefe, no ya de una sola parte, sino de toda ella, si bien continuó pagando el tributo á los reyes de Siria. Á la muerte de Bala, Demetrio II confirmó en su dignidad al sumo pontífice, el cual se puso en movimiento para socorrerlo cuando se le rebeló Antioquía, y volvió cargado de botín. Después, habiéndose faltado el rey á sus promesas, abandonó Jonatas su causa por la de Antíoco, hijo de Bala; venció á Demetrio, y habiendo hecho alianza con los Romanos, se proponía fortificar la ciudad, cuando Trifon, gobernador de Antioquía, le dió muerte á traición.

143. Subió entonces al pontificado Simon, reconocido por los Romanos y por Demetrio II, que lo nombró etnarca, y eximió al país del tributo. Habiendo caído Demetrio prisionero en poder de los Partos, Antíoco Sidetes que le sucedió, se conservó fiel á Simon, hasta que hubo subyugado al rebelde Trifon; pero en seguida envió á Condebeo á que lo atacase, el cual sin embargo volvió derrotado.

Juan Hircano no. 136. Simon fué asesinado por su yerno Tolomeo, ambicioso de dominación; pero Juan Hircano, hijo del muerto, pudo sucederle, y volvió el país á ser tributario por fuerza de Antíoco Sidetes, hasta que fué vencido este por los Partos. Entonces la Judea recobró su independencia, la conservó, merced á las guerras intestinas de la decadente Siria y á la alianza renovada con los Romanos, y hasta aumentó su territorio con las victorias que alcanzó sobre la Idumea y Samaria.

129. Esta última ciudad, habitada por colonias macedónicas, continuó desmantelada hasta que Heródes la reedificó con el nombre de Sebaste. Hircano vivió respetado exteriormente, pero no tranquilo en lo interior, donde causaban grandes disensiones las luchas de Fariseos y Saduceos, que se envenenaron aun mas en tiempo de sus sucesores.

107. Aristóbulo, que sucedió en la dignidad á su padre, dividió primero la autoridad con su hermano Antígono; después lo mató, hizo aprisionar á sus demas hermanos, dejó morir de hambre á su madre, y tomó el título y las insignias de rey. Su hermano Antígono, enviado por él á someter la Iturea, logró su objeto; y volviendo victorioso el día de la fiesta de los Tabernáculos, en su afán de llegar pronto al templo, se olvidó de dejar las armas y despedir á su séquito. El rey, que ya lo miraba con sospecha, aparentó creer que era aquel un acto de rebelión, y lo mandó matar. Aristóbulo murió al fin acosado por los remordimientos de su conciencia.

Janeo 106. Alejandra, llamada Salomé por los Griegos,

viuda de este monarca é instigadora de sus delitos, hizo proclamar por sucesor á su otro hermano Janeo ó Alejandro, el cual dió la muerte á un hermano, obligó al otro á retirarse á la condición privada, defendió su reino contra Tolomeo Latio, y ayudado por la reina Cleopatra, extendió sus dominios. Pero tenía en lo interior á los Fariseos por enemigos, los cuales empleaban toda clase de medios para hacerlo odioso al pueblo; y en la fiesta de los Tabernáculos, adonde acudían con palmas y ramas de limonero, mientras aquel ofrecía los sacrificios le arrojaron de todas partes ramas de cedro, acompañando el insulto con palabras injuriosas. Janeo dirigió contra ellos sus armas, mató seis mil, y después se rodeó de una guardia extranjera asalariada; pero ni esta ni nuevas victorias reprimieron la audacia de sus adversarios, que le hicieron por mucho tiempo guerra abierta. En ella perecieron en el espacio de seis años cincuenta mil revoltosos, y el reino se vió en el mayor desorden. Janeo intentaba entrar en negociaciones; pero todos sus esfuerzos eran vanos, pues si preguntaba á los rebeldes lo que deseaban, respondían que se desquartizase. Al fin recurrieron á Demetrio Euquero, que invadió la Judea y desbarató á Janeo; pero este se repuso muy pronto, y ejerció cruelmente su venganza.

89. El terror produjo la paz, y Janeo pudo hacer nuevas conquistas, en medio de las cuales y de sus torpezas murió. Había aconsejado á su esposa Alejandra que ocultase su muerte hasta después de haber entrado en Jerusalem; que entonces se atrajese la amistad de los Fariseos, porque no la perjudicasen como á él, y protestase querer en todo guiarse por sus consejos. Así lo hizo aquella, y por tanto los Fariseos, no solo cesaron de ultrajar la memoria del difunto, sino que lo aclamaron por héroe y padre del pueblo, y la nombraron regente, en perjuicio de sus dos hijos, el imbécil Hircano y el sanguinario Aristóbulo.

Sin embargo, pusieron á todos estos favores un precio demasiado caro, pretendiendo que anulase todos los decretos que les eran contrarios, que proclamase plena amnistía, y que llamase á los desterrados. Después envilecieron la ley mosaica, sujetándola á sus caprichosas interpretaciones; y habiéndose aumentado su número, hasta el punto de ser su partido omnipotente, solicitaron de la reina que exterminase á los Saduceos. Decretóse, pues, contra ellos una atroz persecución que duró muchos años, á pesar de que Alejandra procuraba mitigarla.

Apénas cerró esta los ojos, gozosos los subditos de verse libres de la tiranía de los Fariseos, favorecieron á Aristóbulo, en quien Hircano se vió obligado á resignar la dignidad de pontífice y rey. Pero Antipatro, gobernador de la Idumea, temiendo que lo castigase Aristóbulo por haber favorecido siempre á Hircano, inspiró á este el temor de caer en algun lazo de su hermano, y á pesar de su mucha indolencia logró

CAPITULO XV

Sumision de la Grecia. — Envilecimiento de la Siria.

Roma, que hasta esta época habia tenido á Grecia bajo una dependencia de hecho mas que de nombre, aspiraba en adelante á reducirla á provincia. Ardientes admiradores de la armónica grandeza de aquel país, compadecíamos su agonía al leer la relacion de las humillaciones y de los ultrajes, al través de los cuales llegó al término de su existencia.

Desde que Arato arrebató á los Macedonios el Peloponeso, la Liga aquea se vió perdida, y si algun vigor le volvió Filopémenes, después de él se hizo odiosa y despreciable, alternando en ella la servil complacencia hácia el Senado romano con una ridícula desesperacion, como si hubiera querido privarse por su propia mano de la compasion que la generosidad concede á todo lo que está destinado á perecer. Las victorias de los Romanos habian inspirado una excesiva osadía á sus partidarios, gente avara é impertinente, pero sostenida siempre por los vencedores, que ponian en juego toda clase de medios para deprimir, desacreditar y contrariar á todo el que les oponia resistencia, á todos los que sintiéndose con ánimo esforzado amaban á su patria y protegían sus derechos. Roma, amiga de los débiles para ponerse en oposicion con los poderosos, manifestó gran celo en favor de la desmantelada Esparta, y tenia gente asalariada para acusar al que osaba contradecir á sus comisarios. Sobresalía entre estos por su poder y su vileza Calícrates, que ansioso de los primeros grados, pintaba con sombríos colores á quien le superaba en mérito; siendo el tema perpétuo de sus acusaciones el haber favorecido á Perseo, cuya memoria perseguían los Romanos, después de haber maltratado su persona.

Dos comisarios fueron expedidos á la Liga aquea para formar proceso á los partidarios del rey de Macedonia, y uno de aquellos llegó á proponer á la asamblea, que se condenase primero á muerte á estos, reservándose para después el decir sus nombres. Pareció una locura esta demanda, y los Aqueos se limitaron á prometer que los condenarian, si no probaban lo que alegasen en su justificación.

Pues que lo prometéis, replicó el comisario, digo que todos vuestros capitanes, generales y cuantos han ejercido cargos en vuestra república, están manchados con tal delito.

Al oír tales expresiones se levantó Jenon y dijo: Yo mandaba el ejército y fui jefe de la Liga, y protesto no haber cometido ningun acto contra los intereses de Roma. Si alguno se atreve á acusarme de eso que llaman delito, puedo justificarme ó en la dieta de los Aqueos ó ante el Senado romano.

Cogió esta palabra el comisario; dijo que no podían apelar á mas equitativo tribunal; y nombrando en seguida á cuantos habia denunciado Calícrates, les intimó que fuesen á Roma á de-

persuadirlo á que reclamase el trono con el auxilio de Arétas, rey de Arabia. Este, entrando en Judea, venció á Aristóbulo, y lo sitió en el templo de Jerusalem, mientras era proclamado fuera Hircano, con cuyo nombre encubría sus designios el partido de los Fariseos.

Solemniéndose á la sazón la Pascua, los sitiados suplicaron á los sitiadores que les diesen víctimas, ofreciendo mil draemas por cada animal; pero los sitiadores luego que sus enemigos les echaron el precio desde las murallas, les negaron las víctimas, por lo cual los sacerdotes se presentaron ante el altar con las manos vacías, implorando venganza de Adonai. Vivía entonces el santo varón Onías, que horrorizado de las guerras civiles se habia retirado al desierto. Corrieron en su busca los Fariseos para hacerle pronunciar imprecaciones contra Aristóbulo, y no pudiendo evadirse, rogó á Dios que no oyese al pueblo asediador ni á los sacrificadores sitiados. Los Hebreos irritados lo apedrearon, y el Cielo mostró su cólera con la tempestad, y sobre todo con enviarles el azote mas duro de su mano indignada, los Romanos.

Así corria también al precipicio el pueblo de Dios; pero es singular su posición comparada con la de los demas. Ante el espectáculo de las continuas vicisitudes de entonces, al presenciar la caída de tantos reinos, y el exterminio de tantas ciudades, los gentiles se confirmaban cada vez mas en aquella idea de una decadencia progresiva que les habia quedado de la primitiva tradición; creían que todas las cosas humanas estaban destinadas á envejecer y perecer; y hasta los que idolatraban á Roma y la eternidad del inmenso capitolio, á cuya solidez parecia agregar una piedra mas cada nuevo rey que subia encadenado por la vía Sacra, veían no obstante que cada generación era peor que la antecedente, y que el mundo se encaminaba á su ruina inevitable y fatal.

Solo Israel, en medio de tan graves desastres exteriores é interiores, mantenía viva todavía la otra parte de la tradición; y juntamente con el dogma de la caída, veneraba el de la regeneración, adhiriéndose á él tanto mas cuanto mayor era la humillación á que se veía reducido, y siendo entre todas las antiguas naciones el único pueblo que conocía aquella doctrina del progreso, que es el carácter y el orgullo de la civilización moderna. Solamente que los Judíos, obcecados por un falso patriotismo, no veían en el prometido sino la gloria nacional, un restaurador de la raza de Abraham, según la carne, no conforme á la fe; un Mesías judío, triunfante sobre sus enemigos, no el Hijo del hombre que debía proclamar la fraternidad universal y una ley de amor independiente de los tiempos, de los lugares y de las condiciones.